

**J**ORGE Luis Borges se apoyaba en mi brazo izquierdo porque los dos temíamos que tropezara antes de subir a la plataforma de conferencias. Habíamos estado en Corner Tavern, cerca del campus de Rutgers University, echándonos un trago para que se nos quitara el frío y para que Borges se "entonara".

En más o menos media hora el inclito escritor me había dicho cosas que todavía

En la brevedad de su visita a Rutgers, el maestro Borges me dijo un cúmulo de cosas que nunca olvidaré. Peco ya fuera de la anécdota literaria, Borges, sabiendo que yo era mexicano, me dijo:

—**L**OS mexicanos son los únicos latinoamericanos que poseen una personalidad definida. Tanto así que cuando los norteamericanos nos representan gráficamente, a los latinoamericanos nos pintan con el típico



le agradezco. No sé por qué siempre había creído que Leopoldo Lugones se había suicidado como Alfonsina Storni, ahogándose en el mar.

—No —me dijo Borges—, el maestro Lugones se suicidó muy a su manera. En Buenos Aires, donde se acostumbra muy poco ser fiel a una mujer, Lugones se preciaba de ser el hombre más fiel. Un día le visitó un militar que había sido su alumno en un curso de literatura que el poeta impartía. En el curso de la conversación y los recuerdos el ex alumno le preguntó al "hombre más fiel de Buenos Aires" si sabía qué había pasado con una chica muy hermosa que siempre se sentaba en primera fila para mostrarle sus lindas piernas. Lugones dijo que ni cuenta se había dado de la chica ni de su tentación.

El militar ex alumno dijo que la piernilinda seguramente seguiría viviendo donde siempre y que si el vate sentía curiosidad, él mismo se encargaría de buscar a la hermosa para presentársela. Dicho y hecho. Leopoldo Lugones conoció, se fascinó y enamoró perdidamente de la bella ex alumna.

"El idílico desarrolló en una casita propiedad del militar, en uno de los islotes en la desembocadura del río Tigre".

Mientras hablaba Borges yo lucubraba que tal vez deberíamos a esas horas idílicas de Lugones su burilada delectación amorosa.

—**A**NDANDO los días, hefe aquí que otro militar apareció en la escena amorosa de la chica adorada de Lugones y se la quitó al maestro. Entonces la situación era así: no sólo el gran vate ya no era el hombre más fiel de Buenos Aires, título que había ostentado con orgullo sino que la dama por quien había perdido ese timbre de orgullo se había entregado a un milite cualquiera. Lugones, hombre, poeta y pundonoroso, no pudo con aquella afrenta que le hacía la mujer por la cual había perdido aquel título tan exclusivo en Buenos Aires. Decidió quitarse la vida. Quizá como reproche a la infidelidad para llevarse estampada una imagen del recinto de sus amores, Lugones regresó a la casita del islote. Se dirigió al cuarto de baño, cuyo piso estaba enlozado.

Escanció una dosis innecesariamente excesiva de cianuro y se la llevó a los labios. Cual no sería la fuerza de ese veneno que el maestro no pudo volver el vaso a su sitio y el cristal se hizo añicos en el suelo. Cayó muerto en el instante.

sombrero grande del "mexicano" con chaqueta y pantalonerías abiertas cerca de la bota mexicana. Cuando yo me identifico como argentino, la gente aquí no entiende e insisten en que soy español, "spanish". No hay manera de hacer valer mi nacionalidad argentina.

—Mi comentario fue que quizá el fenómeno de tan terea identificación latinoamericana con lo mexicano se debiera no sólo a que nosotros éramos sus vecinos a lo largo de una frontera de 2.000 kilómetros, sino porque aunque habíamos perdido la famosa guerra del '47, no nos habíamos dejado des-

el Chile violado. Pero, para los mexicanos el gran maestro del cuento mundial, ya en plena chochez, ha tenido conceptos (?) de escandalosa debilidad mental en una entrevista que le pergeñó Paul Theroux en su libro "The Old Patagonian Express" que publicará en septiembre próximo Houghton and Mifflin de Gotham. Es decir, Nueva York. Borges dice:

—Después de Tejas, abordé un tren rumbo a México —no dice que a México lo llevaba un no tan despreciable premio en literatura que importa varios miles de pesos o dólares, como se quiera—. El autor de "The Old Patagonian Express" le pregunta a Borges:

—¿Qué piensa de México?

—"Destartalado, pero agradable".

Continuó: "Me desagradó México y los mexicanos. Son tan nacionalistas. Y odian a los españoles. ¿Qué podrá sucederles con esos sentimientos? Y no tienen nada. Sólo juegan a ser nacionalistas. Pero lo que más les gusta es jugar a ser indios.

"Les gusta jugar. No tienen absolutamente nada. Y no saben olear, ¿eh?, son pésimos soldados. Siempre pierden. Vea lo que pudieron hacer en México un puñado de soldados norteamericanos... No me gusta México para nada".

El maestro siguió desbarrando. Dice que no tiene el complejo mexicano de odio al español, aunque prefiere a los ingleses. Dice que su padre le hablaba en inglés y que él es medio inglés porque su abuela era nativa del condado inglés de Northumberland y que otros parientes procedían de Staffordshire y que eran sajones, celtas y daneses. El idioma que se hablaba chez Borges era el inglés. Borges ya en pleno estado diminutivo de Georgie, como lo llamaba su madre, especula que quizá lleve sangre noruega ya que los vikingos estuvieron en Northumberland y en York, donde también estuvieron sus antepasados y donde él nació en 1900.

**E**L culto maestro Borges, en seguida, para impresionar a Theroux, como me impresionó a mí, saca a relucir su conocimiento del anglosajón que aprendió para poder leer a Beouff y The Seafarer en el original. Confiesa que no estuvo de acuerdo con la versión

## los cuentos de borges

por José Vázquez Amaral

pojar de todo nuestro territorio y habíamos disputado cada palmo de tierra que los angloamericanos del "Destino Manifiesto" nos habían quitado. No así los colombianos, por ejemplo, que se dejaron despojar de Panamá sin disparar un solo tiro. Borges estuvo enteramente de acuerdo. Como el viento frío lo había despeinado, su madre me dijo a las volandas: "Dígale a Georgie que se veine antes de subir a la plataforma".

Francamente yo no supe qué hacer y el inclito subió a la plataforma apoyado en mi brazo y habló con entusiasmo contagioso sobre el magnífico Alma Fuerte y sus peripecias, siempre a salto de mata del Ministerio de Educación de Argentina que le exigía título de maestro normalista para ejercer la divina vocación de educador de sus paisanos.

**H**AN pasado los años y a Jorge Luis Borges, junto con la vista, se le ha oscurecido el entendimiento. Como su ilustre paisano, Lugones, que habló de la hora de la espada, Borges se allanó a recibir la condecoración al mérito del mariscal Píoche en

de Ezra Pound hasta que pudo leerla en voz alta en el original anglosajón y, después, en la versión en inglés moderno de Ezra Pound.

—¿Sabe usted que también las sagas escandinavas me interesaron mucho hasta el punto de estudiarlas detenidamente? —me dijo el maestro en nuestra plática de marras en el Corner Tavern de New Brunswick, New Jersey, USA.

—No, dígame.

—Uno de los héroes de una saga dice que lo que más le llamó la atención, después de que su contrario lo traspasó de parte a parte con su espada, sólo pudo decir que las espadas que se blandían aquel año eran más largas que las de años anteriores.

No entiendo, pues, más que como muestra de la inevitable senilidad del gran maestro, su gratuita ensartada con facón gaucho de los perdidosos mexicanos en sus guerras con los poderosos gringos del norte. Más extraño me parece cuando recuerdo que los argentinos se unieron con Brasil y Uruguay para acabar con los paraguayos del doctor Francia. Y no pudieron con ellos.